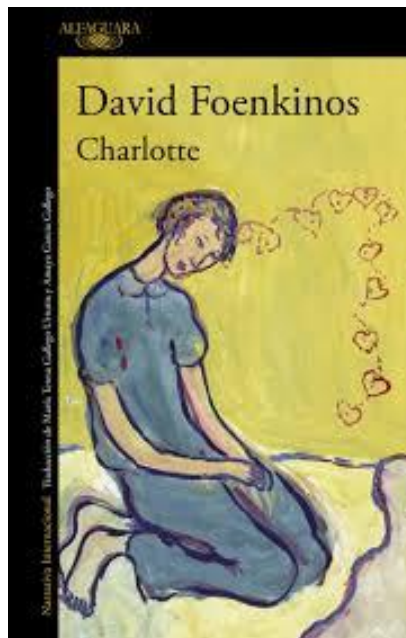


La escritura como obsesión (sobre *Charlotte* de David Foenkinos)*

Cecilia Secreto
Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina



“La auténtica medida de la vida es el recuerdo”, nos dice Walter Benjamin.

La literatura es una de las expresiones humanas más cercanas a la conservación de la memoria, a la reproducción y mantenimiento de ese hilo sin comienzo ni final que es la humanidad misma, del que somos, colectiva e individualmente, parte de la urdimbre. La literatura es, también, espacio de proyección de las obsesiones que nos persiguen y definen. Y, por supuesto, la

literatura es mucho más que esto.

* Foenkinos, David (2015). *Charlotte*. Traducción de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego. Buenos Aires: Alfaguara. 208 p. ISBN 9789877381191

Charlotte, la novela de Foenkinos, nos enfrenta ante algunos de los aspectos señalados: es, por un lado, la historia de Charlotte; es, por otro lado, la historia de la Historia; y, por último, la historia de la propia escritura que se pone en marcha para contar una obsesión: la de Charlotte y la de la Historia. Este entramado particular imprime a la novela la posibilidad de varias entradas, no ya independientes, sino a modo de trenza o de cinta de Moebius, proporcionando un juego deconstructivo para las categorías autor / narrador / personaje / historia / Historia / arte / vida / realidad / ficción, entre otros posibles de ser mencionados.

De este modo, cuenta la vida de Charlotte Solomon, pintora alemana de origen judío, personaje de quien dice en el texto, al momento de narrar su nacimiento, “Ha nacido una heroína”; tal es el carácter que para Foenkinos posee el espíritu de la protagonista. Sin lugar a dudas lo es: una heroína sobreviviente al destino suicida de la familia en la que nace, perseguida por el nazismo, criada en medio de una atmósfera familiar impregnada por el arte y las expresiones culturales, señalada con el signo de “distinta” por el resto de sus compañeras de colegio, enamorada de un hombre que la amará profundamente y del que esperará un hijo, del que no sabremos el destino, pues es llevada a un campo de concentración estando embarazada y, a partir de ahí, perderemos su huella. Lo que queda de Charlotte es su obra, sus maravillosos cuadros, sus cuadernos a modo de autobiografía. Y los testimonios de quienes sobrevivieron al Holocausto, además de un barrio que hoy lleva su nombre.

Hasta aquí hemos hecho referencia a este texto llamándolo novela y, a pesar de las dudas que se puedan presentar, lo es: se trata de una novela. Sin embargo, se deben hacer algunas consideraciones sobre este punto. El artificio más sobresaliente, el que se percibe ni bien se abre el libro, es que está escrita en verso. El mismo autor explica, dentro del texto e incluso en varias entrevistas:

He intentado escribir este libro muchísimas veces//
Pero ¿cómo?//
¿Debía incluirme en él?//
¿Debía novelar su historia?//
¿Qué forma debía adoptar mi obsesión?//
[...] Sentía la necesidad de poner punto y aparte para respirar
Entonces caí en la cuenta de que debía escribirlo así (66).

Así: la línea cortada, las oraciones breves o unimembres, la retórica propia de la poesía, las impresiones subjetivas *tiradas* como al azar, las preguntas retóricas que invitan a reflexionar sobre los hechos narrados, los vaivenes entre la historia referida y las impresiones de una voz que oficia tanto de yo poético como de narrador ya testigo ya cronista, todo ello va dando fluidez a una biografía dolorosa, signada tanto por la historia familiar como por la historia trágica del Holocausto.

La novela consta de ocho partes y un epílogo, que se van sucediendo de acuerdo con un orden cronológico, desde la presentación de la familia de la que proviene Charlotte hasta su captura en manos de los nazis. La vida de Charlotte está signada tanto por la tragedia familiar como por la persecución que debe sufrir en su carácter de judía en la Alemania de la década del treinta y parte del cuarenta: en ambos casos es la historia de una sobreviviente, aunque parezca paradójico teniendo en cuenta cómo muere. Sobrevive al destino suicida de las mujeres de su familia materna a través de una fuerza interna que la mueve y sobrevive al exterminio de su memoria (recordemos aquí la cita de Benjamin) a través de su obra artística (y, podríamos decir también, a través de esta novela-obsesión-homenaje que le ofrece Foenkinos).

La narración poética está precedida por un epígrafe y una aclaración: el epígrafe corresponde a Kafka, autor al que vuelve a hacerse referencia más adelante, cuando se alude a un fragmento de *El proceso*, en clara alusión a las capturas sin procesos ni explicaciones (esa antelación presentida en la obra de Kafka de lo que se iba a venir). El epígrafe dice lo siguiente: “Quién está vivo y no puede con la vida necesita una mano que aparte un tanto la desesperación

que le infunde su destino” (Kafka, *Diarios*, 19 de octubre de 1921). La aclaración versa del siguiente modo: “Esta novela está inspirada en la vida de Charlotte Salomon. Una pintora alemana asesinada a los veintiséis años, estando embarazada. Mi fuente principal es su obra autobiográfica: *¿Vida? ¿O teatro?*”

La primera oración de la novela nos dice que “Charlotte aprendió a leer su nombre en una tumba”. A partir de allí conoceremos la genealogía suicida de la familia materna: los hermanos de la abuela (un hermano y una hermana), las hijas de la abuela (su tía, Charlotte, de quien heredará el fatídico nombre) y luego su propia madre. Pareciera quedar para esta niña signado el mismo destino; sin embargo, la heroína de Foenkinos podrá sobrevivir (a pesar de que todo pretendía señalar que no sería posible) a la pulsión tanática, y encontrará en el amor, la pasión, la voluntad y el arte, la fuerza erótica que se necesita para poder sobrellevar la existencia.

Hacia el final de la novela, concurrimos al momento en que Charlotte está delante de la consulta del doctor Moridis. Cuando él le abre, ella extiende el brazo y le entrega una maleta “Diciendo *es toda mi vida*” (174). A partir de aquí el narrador-autor-biógrafo indaga en los intersticios de esta frase, ¿qué significa, exactamente?, ¿Charlotte sabía que iba a morir? ¿Es toda mi vida porque mi vida ha terminado? “Es toda mi vida// Esa frase resulta obsesiva// Todas las opciones parecen válidas” (175). El capítulo finaliza homogeneizando las voces: la de Charlotte y la de Foenkinos: “Una emoción de intensidad infrecuente// Es toda mi vida” (175). Es decir: las vidas de la heroína y la de su biógrafo.

Así, *Charlotte* es un texto (en términos de Barthes) atravesado por la hibridez genérica, narración en verso, que funde la pasión obsesiva con la que el artista (la pintora, el escritor) enciman sus voces y deseos, en contra de la muerte, a favor de la vida, recordándonos los horrores de la historia: las familiares, las históricas, las microscópicas, las macroscópicas, los mandatos y sus rupturas, las injusticias y las delaciones.

Imposible no ir a la búsqueda de los cuadros de Charlotte para entender mejor todo lo que pueda comprenderse más y mejor, sobre ella, sobre su contexto, sobre la novela misma, sobre la obsesión de Foenkinos.

La lectura fluye, el verso ayuda a la fruición lectora. Lo mismo hacen, a su vez, el vértigo de la historia, la velocidad de la frase corta, los personajes que aparecen y desaparecen (como en la vida misma). La traducción colabora con esta intención, no nos hace advertir escollos ni sentirnos alejados del mundo representado. Es decir, ese gesto *traidor* que se le adjudica a las traducciones, a pesar de saberlo, no se hace sentir. Los que nos reconocemos lectores deseamos siempre conocer todos los idiomas para poder leer novelas como *Charlotte* en su lengua original. Hay quienes sostienen (y adhiero) que el traductor es también un escritor y que toda traducción es también una reescritura. Como, al mismo tiempo, toda escritura y toda reescritura encierran, en sí mismas, un gesto de traición, no nos estaríamos contradiciendo mucho.